

Ideas sobre la maternidad y los hijos en un grupo de militantes de organizaciones armadas de los años '70.

Sepulveda Patricia.

Cita:

Sepulveda Patricia (2013). *Ideas sobre la maternidad y los hijos en un grupo de militantes de organizaciones armadas de los años '70. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/1079>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 125

Título de la Mesa Temática: Presencias, experiencias y agencia política. El género en la Historia Reciente

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: D'Antonio, Débora, Grammatico, Karim

TÍTULO DE LA PONENCIA

**IDEAS SOBRE LA MATERNIDAD Y LOS HIJOS EN UN GRUPO DE
MILITANTES DE ORGANIZACIONES ARMADAS DE LOS AÑOS '70**

Apellido y Nombre del/a autor/a Patricia Graciela Sepúlveda

Pertenencia institucional Universidad Nacional de Quilmes, Centro de Estudios de
Historia, Cultura y Memoria (CeHCMe)

Introducción

Este artículo se enmarca en la investigación para mi tesis de maestría sobre género memoria y militancia en la década de 1970, en este recorte daremos cuenta de cómo las concepciones sobre la familia, la pareja revolucionaria y los hijos atravesaron la construcción subjetiva de un grupo de militantes de Montoneros y PRT-ERP entrevistadas.

Hacia fines de los años sesenta el modelo conyugal de la familia doméstica estaba en crisis, lo que se manifestó en cambios en las expectativas depositadas en la pareja y en la valoración de la institución matrimonial. Las jóvenes de aquellos años adherían a ideales de pareja que establecían relaciones auténticas, desinhibidas y profundas entre sus integrantes. Se hizo presente, sobre todo en los sectores medios, un modelo de mujer *independiente, moderna y liberada*, que asumía su sexualidad y rechazaba la condición de ama de casa. Sin embargo los mismos discursos establecían como límite la maternidad.¹

Lo antes mencionado nos permitió contextualizar las propuestas de femineidad disponibles para las jóvenes, más puntualmente aquellas que decidirían aceptar o rechazar al ingresar a la militancia². Las entrevistas dejaron ver construcciones subjetivas en las que se sintieron parte de un modelo distinto, no solo político, sino de pareja, de familia, de mujer y de sociedad. Sus subjetividades se anclaron en experiencias de militancia percibidas como igualitarias con respecto a sus compañeros varones, en las que su palabra fue respetada, donde ocuparon espacios que merecían por su propia valía. No incluyeron reclamos respecto de las relaciones de género entre sus objetivos, porque ya las consideraron obtenidas para sí, aspiraron a reivindicaciones sociales amplias y abarcativas contra el capitalismo y la opresión hacia los sectores populares. Parte de su autoconstrucción como militantes en condiciones de igualdad se anclaba en la mirada

¹ La idea de diferenciación y complementariedad en la pareja era planteada por Enrique Pichón Rivière en sus notas de la revista Primera Plana. El nuevo modelo femenino no dejó de generar tensiones ya que aunque morigerado afectaba el orden doméstico y los privilegios masculinos (Cosse, 2010)

² Consideramos el género como un constructo inacabado en el que los sujetos no son pasivamente contruidos sino que en el proceso de *engenerarse* asumen algunas posiciones, rechazan y resignifican otras. Lo que nos permite preguntarnos por aquellas representaciones de lo femenino que adoptarían, resistirían o reformularían en función de tal ingreso a la militancia.

que estas mujeres tenían de *las otras*: sus madres, las mujeres de los sectores obreros y de la sociedad en general.

Maternidad y militancia

Este artículo se propone profundizar en la maternidad de las militantes desde los enfoques que al respecto se han desarrollado desde el feminismo. Partimos del postulado básico que ha señalado: la ecuación mujer= madre no responde a una esencia femenina sino es una representación o conjunto de ellas producida por la cultura. Por consiguiente las representaciones o figuras de la maternidad, lejos de ser un reflejo o efecto directo de la maternidad biológica, son producto de una operación simbólica que asigna significados a la dimensión materna de la femineidad, son al mismo tiempo portadoras y productoras de sentido. (Taubert, 2007)

Nos preguntamos entonces que construcciones de la maternidad articularon las jóvenes militantes, ¿en función de qué representaciones? ¿De que modo estas fueron contestatarias o reproductoras de los significados disponibles en la época? ¿Hasta que punto puede identificarse la dimensión materna de la femineidad en sus relatos?

Las entrevistadas inscribieron en la militancia su proyecto de vida completo y dentro del mismo incluyeron sus decisiones respecto de la maternidad. No todas decidieron ser madres pero aquellas que sí lo fueron pensaron que aunque la lucha llevara a sus hijos a crecer sin ellas, estarían mejor en un país transformado y distinto. Los niños vivirían con los compañeros de militancia o bien llegarían, por medio de estrategias armadas por sus padres, a reunirse con su familia biológica.

¿Qué lugar ocuparon estos hijos en sus proyectos de vida militante?

Tal como señala Cristina Zucker lo que apareció en los relatos fue la idea de inscribirlos en un mundo mejor para el que se luchaba, serían ellos los que disfrutarían de nueva sociedad por la que se luchaba:

Porque el amor a la revolución tenía su mejor encarnadura en ellos, para ellos iba a ser la patria socialista. A través de sus ojos podían imaginar la victoria, y en su nombre valía la pena el sacrificio. Los hijos iluminaban el camino a seguir, cuando el compromiso revolucionario era la vida misma, la alegría, el espacio de realización. (Zucker, 2005: 4)

Ante la pregunta sobre si hubiese sido mejor no tener hijos, la respuesta fue *no*. Sin embargo, se hizo evidente que a medida que la represión avanzó las posibilidades de sostener este proyecto integral se fueron deteriorando, y la evaluación retrospectiva desde la derrota tiñó el análisis de las decisiones relacionadas con los hijos sobre todo.

Una revisión de los testimonios permitió identificar distintas versiones o miradas sobre la maternidad en distintos actores o como parte del contexto en el que esta se dio:

- La vivida en su propia experiencia familiar o identificada en *otras* mujeres con las que se estaba en contacto.
- La que fue presentada como resultante un proyecto de amor de pareja, unión y compañerismo.
- Las comprendidas en las prescripciones de los partidos revolucionarios.
- La maternidad disruptiva que implicó dar vida en situaciones de extrema peligrosidad y violencia. Complementando esto la maternidad contestataria que, planteó cuestionamientos al rol maternal propuesto por el Estado terrorista, llevando adelante lo que se define como maternidad social³.
- Como contra cara de lo anterior la maternidad patriarcal sostenida desde el Estado dictatorial y
- la maternidad cuestionada por hijos e hijas de las madres revolucionarias.

Decisiones alrededor de tener hijos

Las entrevistadas relacionaron las decisiones de tenerlos o no, con la situación de pareja en la que se encontraban. Mirta, militante del ERP, hizo referencia a que en la organización se dio el debate sobre tener o no tener hijos, recuerda una charla tenida con un compañero soltero:

No había una línea, yo por ejemplo, con *el Fauno*, me acuerdo que una vez en el colectivo, yo iba siempre con mi hijo mayor que tenía 3 años, él me decía -yo no lo tengo claro, para mí no habría que tener porque ¿después no sufren?- Yo, hoy creo que tenía razón, pero yo le decía no, porque es la vida lo que incorporamos acá y la vida no puede estar castrada por, esto lo hago esto no lo hago, la vida incluye todo, esa era mi concepción y era la concepción de muchos [...]

Aquí es donde podemos identificar los espacios de decisión de las (y los) militantes y cómo las construcciones subjetivas negociaron con las prescripciones o las tomaron al pie de la letra. Mercedes inscribió las decisiones de tener hijos o no en el proyecto de pareja de cada uno:

Pero además tenía que ver con el tema de la maternidad, con el proyecto de pareja, no había una disolución ni individual ni de pareja respecto del colectivo, no era que uno se eliminaba como ser [...] Yo por ejemplo, quedé embarazada en

³ Tomaremos al respecto la definición de Graciela Di Marco (2007) de Maternidad Social que iremos desarrollando en el trabajo.

enero/febrero del '76 y yo ahí decidí abortar porque me parecía que no había condiciones, ahí en ese momento, porque sabía que venía un proyecto golpista muy fuerte. Pero porque fue una decisión de pareja nuestra, donde decidimos que no era momento como para engancharse en ese proyecto, porque venía una represión muy fuerte, no estaba el golpe pero se veían cosas pesadas. Pero podría ser, como hoy uno decide tener un aborto, por condiciones económicas, o lo que fuera [...] qué sé yo, pero uno en el día a día era como cualquier pareja de la vida normal, uno se ocupaba de las plantitas [...].

El anterior razonamiento permite iluminar un poco las decisiones de nueve de las quince mujeres –cuyas trayectorias se analizaron– de tener hijos varias entre los años 1976 y 1977. De las restantes, en algunas se ignora la posición al respecto –como Patricia Villar o Silvia Urdampilleta– o bien no se le conocía pareja (el caso de Estela Gentile), o tal vez las relaciones de pareja no habían sido lo suficientemente estables hasta el momento como para ameritarlo (el caso de Laura). Al hablar de María, su hermano Martín refiere:

Bueno, para empezar ella estaba en pareja con mi cuñado, estaban muy bien y creo que ella anhelaba mucho tener un hijo, quizá más que Laura, en realidad no tuve oportunidad de hablar esto con ella, también muere bastante joven, muere a los 25 años. Pero bueno, Pete quería tener un hijo, perdió un embarazo, en una buena época, en una época en que no era tan complicada la vida, en el '74, y después se quedó embarazada [...] Guido nació el 19 de julio del '76 que fue el día en que lo matan a Santucho y a todo el Buró político de PRT en Villa Martelli, ese día nació Guido.

En las construcciones subjetivas de las y los jóvenes parece hacerse presente el ideal de unión integral que representaba la pareja basada en el compañerismo y los ideales compartidos y la maternidad en directa relación con la femineidad. Sin dejar de lado que, a diferencia de los planteos más tradicionales al respecto, el deseo de ser madres se incluyó en un proyecto militante de transformación de la sociedad que incluía la vida completa.

Las diferencias con los cánones más convencionales aparecen entonces por la inscripción que hicieron estas mujeres de su maternidad en proyectos colectivos que rebasaban el espacio privado al que se la remitió tradicionalmente. Consideramos que se hizo presente una propuesta de maternidad social diferente y contestataria a las representaciones de la época, al pensar junto con sus compañeros a los hijos en un proyecto mayor⁴. Otro punto a destacar fue que estas mujeres encontraron hombres decididos a involucrarse con su paternidad y el cuidado de los hijos propios y ajenos.

⁴Cuando las mujeres practican este tipo de maternidad defienden posiciones ético políticas y luchan por la satisfacción de sus necesidades y la de sus seres queridos; desde la definición que ellas mismas hacen de estas necesidades, expanden lo maternal de lo privado a lo político (Schmukler, 1997; Di Marco, 1997) y desafían las bases ideológicas que sostienen y reproducen las desigualdades y su posición subordinada, confinada al cuidado altruista de los demás. (Di Marco, 2007: 212)

[...] fuimos parte de la generación en la que había una paridad absoluta con los hombres, es más formaba parte de su orgullo, ser padres diferentes, ser amos de casa diferentes, había una cosa de compartir responsabilidades, y no importaba si era la cuestión política o hacer las compras o quedarse con el hijo. (Mercedes)

Silvia que para este momento ya tenía tres hijos, decidió tener en 1976 a su hija menor:

Nosotros leímos un artículo que hablaba de que las guerras de liberación, tienen muchos hijos, incluso la canción dice “se precisan niños para amanecer”. Y que las guerras convencionales producen amenorrea de guerra, o sea que la mujer ni siquiera menstrúa, y que en una situación así como la que estábamos viviendo nosotros, que considerábamos era una guerra de liberación era preciso tener más hijos. Y después de que leímos eso, creo que nosotros decidimos que naciera Paula. Que yo siempre tenía problemas con mi ovulación, así que tenía que ponerme el termómetro, así que la buscamos a Paula, bien que fuera para esta guerra que estábamos viviendo.

En este punto hemos encontrado distintas posiciones entre los testimonios, lo que muestra cómo los protagonistas negociaron de modo diferente con las cosas que se discutían en el interior de las organizaciones. En tanto Silvia pensaba así, Mercedes planteó:

Hubo compañeras que tuvieron hijos, formaba parte de la cuestión vital, ni siquiera, por momentos viste se plateaba [...] hubo gente que habló del tema de tener hijos por la revolución vietnamita para garantizar la renovación vital [...] un delirio, tenía que ver con las decisiones de pareja, de las mujeres de ser madres y de los varones tener hijos. Tenía que ver con la vitalidad de la expectativa de vida, nadie pensaba que en realidad uno se iba a morir, más allá de que asumiera uno la eventualidad que podía suceder.

Lo que evidenció la diversidad de respuestas fue que no había una doctrina aceptada unívocamente al interior de las organizaciones.

¿Cómo inscribieron las mujeres, que permanecieron en las organizaciones armadas, su maternidad dentro de la militancia?

Preguntadas sobre si ser mujer y tener hijos significó un obstáculo todas respondieron categóricamente que *no*. Sin embargo, una vez que avanzaron en el relato las dificultades enfrentadas se hicieron presentes. Las experiencias parecerían variar, no tanto por la falta de interés en colaborar con las tareas relacionadas con los hijos por parte de los padres, sino con el lugar ocupado dentro de la organización⁵ por ambos, sobre todo cuando avanzó la clandestinidad. En general, los hijos compartieron *más* las actividades de sus madres que las de sus padres. Mirta comentó su experiencia en Villa Constitución, donde

⁵ Paola Martínez (2009) ha señalado que las mujeres cuyas parejas ocupaban espacios de conducción se veían a cargo de la totalidad de las tareas en relación con los hijos lo que dificultaba su militancia.

fue sola con sus dos hijos bien pequeños, porque su marido ya estaba preso, a los que llevaba con ella todo el tiempo:

Y sí porque Luciano nació en el 69 así que tenía 6 años, entre 5 y 6 años y Raquel tenía 3, es decir tenía 2 y medio, en el 75 en agosto cumplió 3 y yo caí en mayo. Te digo la actividad era febril [se ríe] yo siempre estuve con los dos, teníamos mucha vinculación con el barrio, era un barrio casi campo, yo vivía en Empalme y [...] había muchos chicos que venían a casa y ellos a veces [remarca la palabra] se quedaban con los chicos y yo iba a una localidad vecina y cuando volvía estaban ahí y si no venían conmigo, estaban todo el tiempo conmigo [...]

Más difícil resultó, al parecer, en ámbitos donde no eran muchas las integrantes que tenían hijos, como la experiencia de Viviana que militó en el frente universitario, y aunque dijo que militar con hijos no fue un obstáculo, el análisis lleva a pensar lo contrario:

Porque en definitiva era la única que se ocupaba de niños, esto de que en otros frentes: el barrial, el sindical, el de prensa, el de solidaridad que había compañeros y compañeras con hijos, era como más colectivo, había un “che, si vos tenés que ir a una reunión yo me quedo con los chicos”, en cambio en nuestro frente eso era muy difícil.

Si bien en las organizaciones se proponía que los hijos fueran una tarea compartida por ambos miembros de la pareja e incluso con los demás compañeros de militancia, se hace evidente que la construcción identitaria femenina/maternal era fuerte, aunque no se identificó como un límite por parte de las militantes, lo que incrementó su grado de exposición:

Ahora por otra parte también te digo que del ámbito en el que yo estaba, de los ámbitos en los que yo estuve en los últimos tiempos, en realidad, las compañeras embarazadas tenían tanto compromiso como los compañeros. *Y te diría que hasta, a veces, un nivel de exposición muy alto, por qué, porque las compañeras iban a cubrir citas con sus tremendas panzas y con los niños de la mano y eso [...] qué sé yo, no sé si podría decirse obstaculizó [...]* yo creo que buscaron las mil formas de precisamente seguir estando tan comprometidas como sus compañeros o como ellas mismas antes de estar embarazadas o antes de tener niños. (Graciela)

También Silvia ante la pregunta sobre si los hijos se constituyeron en una complicación para la militancia responde:

No, yo nunca escuché a ninguna compañera con hijos que tuviera dificultades, se las arreglaban para poder hacerlo, ¿cómo? no me digas, pero se puede, perfectamente mientras que no te cueste la vida, como sucedió después del golpe, eso fue otra cosa.

Los comentarios anteriores no hicieron más que poner en evidencia las desigualdades que representaban las mismas tareas para varones y mujeres. En estos relatos se hace presente el esfuerzo que implicaba para las militantes embarazadas o con niños cumplir

con ciertas actividades. Como señala Alejandra Oberti las tensiones se agravaban en ocasión de la maternidad, porque esta presenta una indiscutible marca de género ya que solo las mujeres pueden parir. “Creo, sin embargo que esa imagen de militante neutro, y por tanto masculino, contribuyó a la reproducción de la desigualdad sexista” (Oberti, 2004: 10)

Viviana militante del PRT-ERP dijo:

El Negro⁶ lavaba, cocinaba, toda tarea correspondiente a la mujer el Negro la hacía, le limpiaba el culo a las nenas, etc. Ahora, el Negro se iba cuatro días y no se llevaba a las nenas, pero yo tampoco lo hubiera dejado que se las llevara, digo que ahí hay una conjunción, un doble juego. *Yo era responsable de todo el frente, yo no puedo decir que hubo problemas de género, lo que yo no soy es tan obtusa como para decir, “che, yo nunca tuve problemas de género” como dicen muchas compañeras, hoy.* (El destacado es nuestro)

Se identificó en este testimonio la tensión entre los roles atribuidos a varones y mujeres, donde figuras como *igualdad en las tareas domésticas, responsabilidad de cuidar a las hijas y tener o no tener problemas de género* se superponen y contradicen unas a otras. Viviana para su *construcción subjetiva de la mujer militante en condiciones de igualdad*, eligió poner la mirada en la participación política y en las tareas domésticas compartidas; conductas no aprendidas en las propias familias, al tiempo que presentó como una decisión casi consensuada, que aún siendo ambos integrantes de la pareja responsables de frentes, las hijas quedaran *naturalmente* con su madre. Resulta significativa la construcción narrativa utilizada *no se llevaba a las nenas, pero yo tampoco lo hubiera dejado que se las llevara*.

Existieron comportamientos no aprendidos en los entornos familiares, de las mujeres y de los varones, *cambiar y lavar pañales de tela*, así como los roles políticos desempeñados en las organizaciones, aparecieron en varios relatos como expresión de igualdad, funcionando como parte de la autoidentificación de las militantes.

Hubo también límites que fueron impuestos por el contexto, tal el caso de las parejas proletarizadas en momentos de clandestinidad. Más allá de las prescripciones de igualdad entre varones y mujeres, se debían mantener comportamientos acordes a los sectores populares donde se insertaban para no llamar la atención: “¿Qué hace este tipo con los chicos mientras ella se va y vuelve a las 12 de la noche? Y esas cosas se cuidaban mucho en los barrios”, marcó Viviana. Verse a sí mismas en relación con otras mujeres, en este caso de los sectores populares, también reforzó sus auto representaciones como mujeres y madres diferentes.

⁶ Se refiere a su marido, responsable del frente nacional Juventud Guevarista.

Lo que se hizo evidente en los testimonios, fue que *el hombre nuevo* que se perseguía, para ellas implicaba *una mujer nueva* y que se sintieron parte de un grupo que promovía situaciones de igualdad.

Rufina, quien desarrolló su militancia territorial en Rincón de Milberg con las mujeres de los obreros de los astilleros, hace evidentes las contradicciones. Su esposo, también militante de Montoneros, aceptaba su compromiso pero no sin dificultades, dado que planteaba que ella era la que tenía que cuidar a la hija que tenían en común aduciendo que él tenía más nivel y estaba más jugado⁷. Sin embargo, resulta interesante observar qué tipo de relaciones aparecen promovidas desde la organización, dado que marcaban las negociaciones entre los roles en las personas concretas, y hasta qué punto y por cuáles cuestiones se tensaban las jerarquías y renegociaban los roles tradicionales:

[...] empecé a tener una militancia plena, empecé a plantear que él también se tenía que ocupar de la chiquita para que yo pudiera participar. [-¿Y él se la bancó?, pregunta de la entrevistadora]

Y se la tenía que bancar porque la organización también planteaba que la compañera tenía que participar, pero se la bancaba hasta por ahí, pero de última entre nosotros siempre aparecía el tema de que él ya estaba jugado y que su compromiso era mayor, porque él ya venía con toda una historia [...] y finalmente, siempre me terminaba enroscando y aceptando porque lo vivía como una cosa cierta, además yo siempre he tenido un respeto[...] (Rufina)

Tanto la tensión entre los roles como las discusiones existían según refirieron varios testimonios, aún sin que lograsen ser saldadas como se espera a veces, desde las miradas actuales. Lo que no debe perderse de vista es que el tiempo en el que este proyecto, que implicaba una nueva sociedad y nuevas relaciones entre varones y mujeres, tuvo vigencia fue muy breve y no hubo demasiadas posibilidades de hacer críticas ni correcciones.

Parece haber sido importante en algunas de las militantes el apoyo de los propios padres, fundamentalmente las madres, que se hacían cargo de sus nietos permitiéndoles desarrollar sus tareas, como los casos de Viviana y Silvia, lo que creemos que impactó positivamente al interior de sus relaciones de pareja, y evitó conflictos.

Aixa también señaló que sus padres “la bancaron mucho”, aunque en su caso tuvo menos contacto debido a la situación de clandestinidad en la que transcurrió su militancia en el año 1978 cuando tuvo a su hija. Sin embargo, no dejó de establecer contactos con su hermana melliza y su cuñado para que supieran dónde se encontraba su hija por si ella y

⁷Aldo Omar Ramírez fue integrante del Operativo Cóndor comandado por Dardo Cabo en el que se desvió en 1968 un avión de Aerolíneas Argentinas a las Malvinas, por lo tanto, antes de militar orgánicamente en Montoneros ya había estado preso durante el gobierno de Onganía.

su marido desaparecían. Para María Mujica y su pareja, el acompañamiento de su madre fue fundamental, incluso permitió la recuperación de su hijo.

La mayoría de las entrevistadas señalaron haber recibido apoyo familiar, y solo tres dijeron lo contrario. Cuidando a sus nietos, alquilando casas para sus hijos, o acompañándolos en situaciones de peligro, los padres contribuyeron con la militancia de sus hijos desde una posición de protección y cuidado.

Cuando “la cosa se puso espesa”, planear el destino de los hijos

Dijimos inicialmente que el avance de la represión puso en tensión el ideal integral de militancia sobre todo en relación con los hijos. Tal el caso de Silvia que hacia 1976 tenía ya tres hijos y estaba embarazada de la cuarta. Recuerda que para ese año todos los días caía un compañero y le planteó a su esposo que debían resguardarse, fueron incluso a hablar con un cura (Lucio Gera) para que los aconsejase, sin lograr ponerse de acuerdo. Embarazada de su última hija, abandonó la militancia, mientras que su marido continuó dentro de ella en su carácter de abogado representando a presos políticos.

...seguí militando con los cristianos para la liberación que también me pasó otra cosa porque yo iba para la iglesia de Santa Cruz estaba en mi auto, yo estaba embarazada de mi última hija y llevaba cualquier cantidad de volantes en el baúl del auto. Y me paró una pinza militar, cuando yo me bajo y me ven la panza, el tipo me dice que siga, se condolió y me dijo que siga. Yo ahí volví a casa y dije, no, no puedo más, se terminó todo, fue muy fuerte eso para mí además embarazada. No sé si lo que me pasó a mí, le habrá pasado a muchas mujeres, eso de “querer defender la cría” como yo te digo.

Maria Victoria explicó su sensación en 1974 así:

Empezamos a tener diferencias políticas, entonces bueno nosotros las planteamos pero ya el ambiente estaba medio bravo, además, ahí prácticamente el grupo era bastante rígido... y bueno... yo me quedé embarazada ahí... y *bueno yo siempre digo que el embarazo me disparó un sentimiento de autoprotección que yo antes no tenía, siempre...la fantasía era que si me pasaba algo iba a ser la heroína de la historia, pero en el momento que quedé embarazada no quería ser más la heroína de la historia, era como que me quería cuidar, me surgió un sentimiento de autoprotección...*

Estos ejemplos muestran como las decisiones tomadas por algunas de estas mujeres tuvieron que ver con la interpelación tradicional a la madre como responsable del cuidado de los hijos. En relación con ellos, Silvia hizo presente la relación entre miedo y violencia⁸: Yo dije “a mí me torturan un hijo adelante y todo lo poco que sé lo voy a cantar a Dios y María Santísima, por eso yo planteo que no puedo seguir militando”.

⁸ Miedo a ir preso, miedo a delatar, miedo al dolor, a la debilidad, a la tortura que identifica Maria Matilde Ollier (2009: 29)

Vera Carnovale destaca situaciones similares respecto de mujeres militantes en el PRT-ERP, e identifica el conjunto de temáticas asociados al embarazo y los hijos como foco de tensión, en el que los mandatos y la moral partidarios encontraron mayores resistencias y fisuras⁹. La mayoría de los entrevistados varones a los que esta autora tuvo acceso señalaron que sobre todo las mujeres eran las que planteaban las críticas. Carnovale encuentra poco sorprendente que los hijos constituyeran el punto débil de los militantes en tanto le resulta destacable el intento partidario de erradicar dicha debilidad con el argumento de que un revolucionario debía estar dispuesto a renunciar a todo, aun a sus hijos. *Moral y Proletarización* saldaba claramente la cuestión: demostrar debilidad por sus hijos, no reflejaba preocupación por estos sino que era ejemplo del individualismo pequeño burgués. (Carnovale, 2011: 210-211)

También Alejandra Oberti (2004: 9) en relación con *Moral y Proletarización* destaca la prescripción en contra del individualismo burgués que representaba pensar a los hijos como de los padres, por el contrario se afirmaba que los niños necesitaban no tanto su padre y su madre sino las figuras de padre y madre. Los testimonios obtenidos aportan textura a las tensiones entre las prescripciones del partido y decisiones de los individuos.

Viviana abandonó la militancia orgánica por un conflicto con su responsable y aquí se hace presente la disputa sobre la diferente construcción de la maternidad más allá de las propuestas de igualdad de responsabilidades de varones y mujeres hacia los hijos que establecía *Moral y Proletarización*¹⁰:

[...] entonces esto a mí me genera una ansiedad, de poder discutir que no se daba, “que cuando se iba a discutir, que cuando iba a venir el proceso de discusión, hay cosas que quiero discutir, que en el frente nadie se hace cargo de mis hijas, que pasa con el hombre nuevo (va subiendo la voz) *¡qué pasa con el hombre nuevo, es para otros! ¡La que se para de la reunión para hacer la mamadera loco soy yo la que se pierde de todo lo que hablan!*” Esas cosas a mí me volvían loca y en una de estas discusiones que tenía al respecto yo me fui a la mierda con la discusión [...] (el destacado es nuestro)

Las referencias anteriores sobre varones que contribuían en las tareas de las mujeres, los hijos de la militancia que serían responsabilidad de todos, las mujeres que no encontraron ninguna dificultad en su militancia por el hecho de ser madres, se

⁹ Una de las entrevistadas señaló la gran conflictividad con el tema y otra advirtió que la primera y única vez que tuvo dudas fue cuando logró escapar de la quinta de Moreno donde con su pareja y su pequeño hijo, logrando salvar su vida. Dijo entonces “basta, ya no se puede vivir así”, pero su pareja rechazó de plano su idea diciendo que el niño se quedaba con él. (210-211)

¹⁰ “debemos desterrar para siempre la idea de que la crianza de los hijos es “una tarea de la madre”, aun en sus aspectos prácticos más elementales, la crianza de los hijos es una tarea común de la pareja y no solo de la pareja sino del conjunto de compañeros que comparten una casa. Al respecto debemos promover activamente una nueva actitud” (De Santis, 2006: 113)

tensionaron hasta la ruptura. La discusión final se dio porque Viviana, para desarrollar sus actividades de militancia y trabajar proletarizada en una fábrica, dejaba a sus hijas al cuidado de su madre. La orden de su responsable fue que llevara a sus hijas a una guardería, ante su negativa se le suspendieron los derechos y bajó así de responsable de un frente con derechos plenos, al grado de aspirante, su esposo en cambio siguió siendo referente de Juventud Guevarista.

Que mi actitud era absolutamente pequeño burguesa, que no podía ser, que tenía que llevar a las chicas [...] Yo le digo “mirá, mi mamá me educó a mí y me fue bastante bien, yo no la voy a llevar a una guardería que no sé cómo le dan de comer, no sé cómo la tratan, no sé si la dejan piyada todo el tiempo, si está mi mamá para cuidarla” “esto se suma a algunas actitudes pequeño burguesas, no puede ser. Y yo le dije “mirá, anda a la puta que te parió, vos y tus actitudes pequeño burguesas”. Y se armó un quilombo, muy interesante, porque ¿cómo me había atrevido a putearlo? Y la verdad que tenía razón.

Aun después de este episodio, las tensiones de poder en el interior de las relaciones de género no fueron identificadas, ni retrospectivamente, durante la entrevista. Pensamos que el mensaje enviado y captado fue *los bebés son responsabilidad de su madre, por más responsable de frente universitario que esta sea.*

Además, como siempre tuve la libertad de decir, más o menos, nunca me privé de decir lo que quería decir, digo yo resolví dije “No, me voy” fui bajando en mi escala y dije me voy. Voy a seguir leyendo, soy simpatizante y me va a atender el Negro y ¡listo! Pero yo tuve la libertad de hacerlo y nadie me dijo nada. (Viviana)

A la pregunta sobre si sintió que el incidente tuvo que ver con su condición de militante mujer y además madre, dijo que *no* y orientó su relato en otra dirección, responder afirmativamente hubiese puesto en cuestión su construcción identitaria de igualdad y libre decisión.

Tres de las militantes, cuidaron hijos de compañeros como una de sus últimas tareas militantes. Uno de los casos fue el de la propia Viviana cuando ocurrió el asalto al cuartel de Monte Chingolo:

Nosotros lo vivimos como muy de cerca, porque yo me había quedado con la nenita de una compañera, que vino a mi casa y me dijo “tenela”. Yo quiero que si me pasa algo se quede con vos y con tus hijas [...]

Marta Vasallo señala, respecto de las mujeres militantes, que fueron diferentes en su forma de concebir la maternidad, pariendo sus hijos en situaciones de extremo riesgo, dando vida al tiempo que habían expuesto la propia, e inscribiendo estas maternidades en el proyecto más amplio representado tanto en Montoneros como en el PRT-ERP de una

maternidad socializada que se sostuvo mientras las organizaciones duraron y perdió su sentido en el proceso de exterminio. (VASALLO, 2009)

Esta idea apareció en los testimonios, cuando se produjo su primera caída, Mirta comentó que su hijo quedó con unos compañeros. La segunda vez, sus dos hijos quedaron al cuidado de otros militantes; pero Susana Gaggero se acercó a hablar con su familia, así lo recordó:

Primero cuando yo caí (mi hijo) se queda un tiempo con unos compañeros, porque la idea era esa, una idea idílica, era que los niños se quedaran en las casas de los compañeros pero después iban cayendo y viste iban *yirando*, entonces era como imposible. Entonces, una compañera que era bárbara, la hermana de Gaggero (se refiere a Susana Gaggero) yo no la conocí, pero tengo muy buenas referencias de ella, fue a la casa de mi suegra y le dijo, “mire, ellos están muy bien, primero porque ese es el deseo de la mamá, pero Ud. ¿Por qué no la consulta porque vienen tiempos difíciles, quizá sea mejor que estén con la familia?” y a mí como venía de ella me pareció que *la cosa se había puesto medio espesa* y que era mejor que estuvieran con mi familia, y con mi familia no fue muy buena la experiencia [...]

También Silvia y Rufina cuidaron hijos de compañeras. Todo lo anterior demuestra que los hijos constituyeron un factor disruptivo. Las militantes fueron separadas de ellos al ir a la cárcel y otras decidieron limitar su participación para cuidarlos, como Silvia y María Victoria. Para tener a su hija con cierta contención en situación de clandestinidad ya en 1977, María Prince –cuyo compañero ya había desaparecido– viajó a Bariloche. Silvia tuvo a su hija en el Hospital Militar¹¹ y María Mujica en la maternidad Sardá, bajo la protección de sus compañeros. Hombres y mujeres debieron, además, pensar y dejar establecidas estrategias para que sus familias pudieran recuperar a sus hijos en caso de ser detenidos o muertos. Para ejemplo tomamos la conversación que tuvo Martín con su hermana, asesinada poco después:

Mi hermana me dice “mirá, nosotros estamos esperando que caigan de un momento a otro, porque todos los días caen en un casa”. Entonces, “¿qué va a pasar con Guido?” digo yo. Ella tenía apalabrada a la vecina, que si pasaba algo ella le iba a pasar [...] ellos vivían en un barrio obrero de casitas humildes, pero bien, que tenían un patio atrás medianera baja, entonces ella decía “paso el bebé por ahí que lo tenga la vecina y nosotros nos cagaremos a tiros con lo que venga”.

A partir de esta estrategia pudieron recuperar a su sobrino en la casa cuna de Santa Fe.

Madres e hijos

¹¹ Su suegro era médico militar, y no estaba de acuerdo con la militancia de su hijo, sin embargo en el ámbito en el que militaba su esposo se evaluó que era más seguro tenerlo allí, con sus propios documentos, que hacerlo en otra clínica clandestina.

Hay un punto en que gran parte de los relatos coincidieron y fue en el reclamo que los hijos hicieron por la ausencia, el ocultamiento o las mentiras que debieron sostener. A continuación, aparecen algunos ejemplos, pero esta vez preservando las identidades de las testimoniadas. Una de las entrevistadas dijo “hicimos mierda a los pendejos” e hizo referencia a que conoció hijos de militantes que enfrentaron situaciones personales muy duras. Se suponía que la lucha incluía un mundo mejor para los hijos, otra militante dice:

Nosotros no nos dimos cuenta, yo personalmente no calibré [...] hoy te puedo decir que el daño es muy grande, yo cuando salí, la concepción que teníamos nosotros por un lado [...] *la primera obligación moral que teníamos era con nuestros hijos, que vivieran en un mundo diferente*, eso para mí era muy fuerte, ¿entendés?, o sea, si yo estaba consciente de que la vida podía cambiar que yo podía ofrecerles un mundo diferente a partir de mi participación, mi colaboración en esto y no lo hacía, el problema de conciencia que eso me generaba, se me hacía insoportable enfrentar a mis hijos. Hoy considero que era un dilema en realidad, en ese momento no lo vivía como dilema, lo vivía como una elección feliz de tener esa oportunidad, entonces para mí no había contradicción, esto es muy difícil de comprender y sobre todo difícil para ellos de comprender.

Los niños acusaron recibo de la clandestinidad, las desapariciones de sus padres o de otros niños con los que vivieron en alguna casa operativa. También señalaron la separación de sus madres, cuando fueron encarceladas al ser ellos muy pequeños, como situaciones que los afectaron fuertemente. Al parecer las y los militantes tampoco pudieron darles las respuestas esperadas; en suma, este parece ser un tema no saldado. Una de las militantes dice que:

Por ahí mi hija me reprocha que fui una “madre ausente” por haber [...] hay momentos que ella dice, cuando vos te tenías que ir a reuniones “*porque tu compromiso...*” Por ahí le sale [...] pero bueno [...].

O bien otra de las hijas tuvo una crisis en su adolescencia:

Ella entró en crisis y ahí me largó cosas espantosas. Me dijo, por ejemplo, “vos ponías bombas, yo tenía un año y medio” qué sé yo, ahí abrí los ojos yo, que en el fondo de su interior había una situación que no [...].

Estas madres recibieron reclamos de parte de niños que se encontraron en situaciones excepcionales:

Mi hija ha sufrido mucho todo lo que fue la persecución, ella tenía 4 años pero [...] donde los chicos iban al jardín y ella no podía ir al jardín, donde empezó a ir a un colegio y la tuvimos que sacar y mandarla a otro, no podía hablar, donde ya era chiquitita y sabía que no tenía que decir cosas, de saber que muchos compañeros que no están, por ejemplo, de todos los chicos que estaban juntos hay dos que están desaparecidos, esas cosas le quedaron grabadas.

Más allá del afecto del que estos chicos disfrutaron y que en las casas operativas se los trataba con mucho amor, las separaciones resultaron traumáticas, por más previsiones

que sus padres hicieron para tratar de evitarlo. Consideramos que haber crecido en una sociedad en la que se estableció una construcción discursiva condenatoria hacia la violencia ejercida por las organizaciones de izquierda¹² y su derrota final debe haber impactado en la construcción de algunos cuestionamientos de los niños. También debe tenerse en cuenta que algunos terminaron viviendo con sus familias paternas o maternas, no siempre comprometidas ideológicamente con las decisiones de sus padres. Finalmente, ser portadores de una memoria que debió permanecer soterrada por largo tiempo, pudo haber profundizado más su dolor. Aun en los casos en que las familias pudieron contenerlos, el ocultamiento al que debieron recurrir se tornó doloroso. Una de las militantes cuyo esposo había desaparecido, comenta que a sus hijos les había dicho toda la verdad, pero que debían ocultar esta información en la escuela de monjas a la que iban. Así actuó el ocultamiento, su hijo de 6 años al empezar primer grado:

Fernando empieza primer grado y un día se cruzó de brazos y dijo: “yo no trabajo más”. Entonces, la maestra me manda una nota porque Fernando no quería trabajar más, era tan buen alumno [...] Yo le pregunto ¿Por qué no querés trabajar más? Y él me dijo “hasta que vos no le digas a la maestra lo de mi papá, yo no voy a trabajar”.

Aun en los casos en los que los niños quedaron con la familia como había sido planeado (debido al encarcelamiento de sus madres) los resultados no fueron los esperados:

Gustavo, va a mi pueblo a vivir con mi hermana en principio, pero termina viviendo con mi mamá y mi papá, fue así como ellos terminaron apropiándose [...] cuando mi mamá muere Gustavo tenía 5 años y pasó 2 años más con mi hermana, pero vivían muy juntos, eran como un clancito, y cuando salgo y luego Julio [el padre del niño] vamos al mismo pueblo a encontrarnos con Gustavo y vivimos, compartimos el primer tiempo, nos alojamos en la casa de mi hermana, para que el traspaso fuera lento. [...].

Sin embargo, el cuestionamiento apareció:

No tuve sentimiento de culpa, yo lo que hice lo hice por mí y por él. Lo que no quiere decir que el abandono no existió, yo no estuve con él. [...] En su adolescencia él empezó a acusar recibo de la falta. Y yo le contestaba, que la factura se la pasara a los milicos, era una respuesta racional, para mí contundente, que él no se la apropiaba y que a mí me resentía. Al tiempo, digamos al tiempo, tiempo [...] pude armarme más madura emocionalmente y darme cuenta que todo lo que él me dijera yo tenía que escucharlo, porque él no lo podía entender, *que la*

¹² Dice Marina Franco “Así, la condena de la “subversión” se extendió en boca de los más diversos actores políticos e incluso entre aquellos que antes habían amparado y estimulado la violencia insurreccional como era el caso del propio peronismo” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2008, [Puesto en línea el 15 octubre 2008]. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/43062> [Consultado el 05/03/2012] Marina Franco, “Notas para una historia de la violencia en la Argentina: una mirada desde los discursos del período 1973-Experiencias políticas en la Argentina de los '60 y '70”, Dossier coordinado por Humberto Cucchetti y Moira Cristiá.

que tenía que entender su dolor y suspender el mío era yo, y eso resultó. (El destacado es nuestro)

Estas mujeres que decidieron ser madres, incluyendo su proyecto de pareja en un proyecto más amplio, que deseaban para sus hijos un mundo mejor, se vieron obligadas - ellas y sus hijos- a someterse a la realidad que impuso la derrota, la cárcel y la desaparición de sus parejas. En tanto que los niños debieron procesar la ausencia sentida como abandono. Parece posible que estos niños frente a la desaparición de sus padres se vieron a la fuerza sumergidos en una sociedad más patriarcal que aquella para la que fueron gestados un mundo tradicional, *donde las madres están con sus hijos recluidas en el hogar y afectadas a tareas domésticas*. La pérdida de ese mundo posible, ese que se veía durante la lucha casi al alcance de la mano, les reservaba a estas mujeres un último cuestionamiento desde el lugar más tradicional, *una madre se debe a sus hijos, en lugar de estar haciendo la revolución*.

Conclusiones

El análisis ha puesto en evidencia que la maternidad de las jóvenes revolucionarias se inscribió en una idea de pareja que, aunque proponía la igualdad absoluta entre varones y mujeres, no terminó de plasmarse y se asemejó más al modelo de complementariedad de los sexos. Y la maternidad se presentó como parte de la construcción subjetiva femenina. Sin embargo, apareció resignificada al ser inscrita en ideales de igualdad, revolución y cambio social, lo que mostró un cariz político que la maternidad tradicional no incluía. En los testimonios las militantes señalaron que tener a sus hijos fue parte del deseo de consumir sus relaciones de pareja, al tiempo que los incluyeron en el proyecto de cambio profundo de estructuras donde todos vivirían mejor. Los pensaron como hijos de la militancia, que en el caso de que sus padres desaparecieran permanecerían con los compañeros. También se pensó en las guerras de liberación, donde los hijos tomarían *la posta* en una lucha a largo plazo.

Todo lo anterior permite afirmar que si bien no pusieron en cuestión la ecuación mujer = madre, las formas que asumieron para ser madres no fueron las tradicionales. Se inscribieron en un tipo de maternidad social (De Marco, 2007) que presentó aspectos contradictorios con la imagen tradicional de madre que se ocupa solamente del bienestar de sus hijos y su compañero reducida al ámbito privado. Bajo esta luz las experiencias resultaron desafiantes respecto del modelo promovido por el terrorismo de Estado. Así se observó que la maternidad, además de la militancia en organizaciones armadas, fue una práctica a partir de la cual estas mujeres se tornaron en sujetos políticos y por eso merecieron el particular tratamiento represivo que les destinó la dictadura.

La maternidad construida por los testimonios de las militantes dio cuenta de un tipo diferente de amor, menos egoísta que el amor pequeño-burgués; de pareja, basada en la unión integral, la sinceridad y el compañerismo; y de familia donde los hijos se pensaron como parte y destinatarios de ese mundo mejor por el que se luchaba.

Las formas en que fueron madres rebasaron las prescripciones de los partidos revolucionarios mostrándose como foco de tensión, que llevó en varios casos a alejarse de la militancia para preservar a los hijos de la violencia creciente. Aún en estos casos, el abandono de la militancia orgánica no implicó el abandono de los ideales y trataron de contribuir a la militancia de otras compañeras cuidando a sus hijos. Lo que puso en evidencia que las prescripciones y declaraciones de igualdad no dejaban de descargar el cuidado último de los hijos en las mujeres.

En situaciones de extrema violencia, cuando se hizo evidente que los hijos no iban a poder ser cobijados en *el nosotros* que implicaba el proyecto colectivo en el que los pensaron, las madres y padres debieron planear los modos de lograr que sus hijos pudieran crecer junto a su familia biológica. Y fueron los hijos desarropados, por la dictadura y la represión, del proyecto colectivo del que sus padres participaron, los que plantearon el cuestionamiento más duro a las formas maternas. Lo hicieron pidiendo explicaciones por las desapariciones de sus padres, la separación por el encarcelamiento de sus madres, las situaciones de clandestinidad y ocultamiento.

Se hizo visible una diferencia al comparar a las madres militantes, con el modelo maternal definido desde el autoritarismo represivo inscripto en el sistema patriarcal. Este último interpeló a las mujeres desde el rol de esposas y madres guardianas del hogar e identificó en las militantes un “antinatural comportamiento maternal” que las llevó a “abandonando a sus hijos” y desoír el instinto ancestral para ir a combatir por la revolución¹³. Detrás del principio de “instinto ancestral” se negó y ocultó desde el poder la existencia de un tipo de maternidad diferente. En tanto la prédica sobre la mujer y *el maternaje* se hacían desde lo público, en la clandestinidad se producía el exterminio de las militantes que eran madres, apropiándose de sus niños. Mujeres que mediante la politización, la educación superior y la liberación sexual se opusieron a un *deber ser* que pretendía verlas apolíticas y naturalmente dedicadas al espacio doméstico y familiar, fueron perseguidas, confinadas y asesinadas tal como señala Débora D’Antonio¹⁴. Así el poder dictatorial invisibilizó, ocultó y hasta extirpó las formas subjetivas perturbadoras para, reduciendo al mínimo su número, tratarlas como una anomalía y no como modelos

¹³ Vasallo op cit. (29) cita un artículo de la revista *Somos*.

¹⁴ Débora D’ Antonio (2008: 98) señala la desproporción entre mujeres encarceladas y desaparecidas.

femeninos y maternales desafiantes respecto de las bases esenciales del sistema de poder patriarcal promovido desde la Dictadura Militar.

Fuentes primarias

Entrevistas

María Victoria Rillo (CABA, junio 2009)

Silvia Maezo (San Martín, Prov. Buenos Aires, julio 2009)

Graciela Daleo (CABA, julio de 2009)

Elsa Ramos (Santa Fe, julio de 2009)

Marcelo Villar (Santa Fe, julio de 2009)

Martín Mujica (CABA, julio de 2009)

Aixa Bona (Río Gallegos, agosto de 2009)

Gladys Llois (Santiago del Estero, octubre de 2009)

Mirta Sgro (CABA, octubre de 2009)

Eduardo (ex esposo de Mirta, octubre de 2009)

María Prince (Núñez, Edificio Ex ESMA, diciembre de 2009, 2° parte enero 2010)

Mercedes De Pino (Núñez, Edificio Ex ESMA, diciembre de 2009, 2° parte enero 2010)

Guillermo Gentile (La Plata, febrero de 2010)

Rufina Gastón (Olivos, Prov. Buenos Aires, abril de 2010 y re entrevistada telefónicamente marzo de 2012)

Viviana Losada (Lanús, Prov. de Buenos Aires, diciembre de 2010)

Bibliografía

Andújar, Andrea (2009) “El amor en tiempos de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los 70. Batallas, telenovelas y Rock and rollo”, en AAVV *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburgo.

Carnovale, Vera (2011) *Los Combatientes*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Cosse, I. (2009) “Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven “liberada””, en: *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburgo.

——— (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1° ed.

D'Antonio, Débora (2009) “Rejas, gritos, cadenas, ruidos, ollas. La agencia política en las cárceles del Estado Terrorista en Argentina, 1974- 1983”, en: *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburgo.

De Santis, Daniel (2006) *A Vencer o Morir. Historia del PRT ERP* documentos. CABA, Nuestra América.

Di Marco, Graciela (2007) “Maternidad Social” *Diccionario de estudios de género y feminismos*, Buenos Aires, Biblos.

Franco, Marina (2008) “Notas para una historia de la violencia en la Argentina: una mirada desde los discursos del período 1973-1976”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/43062> [Consultado por última vez el 05 marzo 2012]

Martinez, Paola (2009) *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Molina Cristina (2003) “Género y poder desde sus metáforas. Apuntes para una topografía del patriarcado” en Taubert, Silvia Ed. *Del Sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid, ediciones Cátedra.

Oberti, Alejandra (2004) “La moral según los revolucionarios”, en *Anuario de Investigación e información del CeDInCI* N° 5. Buenos Aires, (versión digitalizada de uso interno para el Seminario de Maestría Pensar los '60. Familia Sexualidad y género en la Argentina. Dra. Isabella Cosse)

Ollier, María Matilde (2009) *De la Revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Taubert, Silvia (2007) “Maternidad”. *Diccionario de estudios de género y feminismos*, Buenos Aires, Biblos.

Vasallo, M. (2009) “Militancia y transgresión”, en: AAVV, *De minifaldas, militancias y revoluciones Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxemburgo .

Zucker, Cristina. (2005) La casita de caramelo, en *Lucha Armada en la Argentina* N° 3. pp: 4-13.